

5. LA SEMANA SANTA ROMÁNTICA EN BALMASEDA. 1850/1865-1938

5.1. 1850/65-1939. El Romanticismo y su influencia en la Semana Santa

El romanticismo fue una corriente de pensamiento que nació en Europa a finales del siglo XVIII y que se desarrolló hasta mediados del XIX aunque, en el ámbito vasco, como llevaba ocurriendo con otras corrientes ideológicas desde tiempo atrás, caló algo más tarde, hacia 1820, teniendo una pervivencia mucho mayor, en gran parte porque los movimientos nacionalistas que nacerán a finales del siglo XIX son herederos de él, llegando hasta las puertas de la Guerra Civil en 1936.

El romanticismo, como señala el profesor José Antonio Ereño, se enfrentaba a la racionalidad de la Ilustración y defendía que las personas no se pueden entender de manera individual sino que hay que integrarlas dentro de la realidad cultural que les rodea que, en última instancia, es su cultura, su pueblo o nación:

“ciñéndonos a lo más esencial, diremos que para el Romanticismo la realidad social auténtica no es, como para la Ilustración, los individuos, todos partícipes de una misma naturaleza humana con idénticas cualidades y derechos, sino otras realidades, otras individualidades, esta vez colectivas, llamadas “pueblos” y “naciones” (Ereño 1998: 56-65).

Esto suponía la defensa de la personalidad del pueblo, sus costumbres, su historia, sus leyes, su lengua, su religión... algo que encajó perfectamente en el mundo vasco que, en el siglo XIX, estaba viendo como todo estaba cambiando: los Fueros iban a desaparecer, la industria estaba alterando los modos de vida tradicional, el euskera estaba en retroceso...

A su vez, el acercamiento de parte de la sociedad a las nuevas ideologías ateas como el socialismo y el comunismo, provocó que la Iglesia tomara la decisión de recuperar la participación del pueblo en los fastos eclesiásticos, “repopularizando” muchos de ellos.

Como escribió el Papa Pío IX en 1864: *“hemos tenido a bien abrir con Apostólica liberalidad a los fieles cristianos, los celestiales tesoros de la Iglesia encomendados a nuestra dispensación, para que los mismos fieles excitados con más vehemencia a la verdadera piedad, y purificados por medio del Sacramento de la Penitencia de las manchas de los pecados, dirijan con más confianza sus preces a Dios y consigan su misericordia y su gracia”*¹⁴².

En consecuencia, la unión entre el pensamiento romántico de la época y el deseo de la Iglesia de mantener su feligresía trajo consigo la recuperación de los antiguos autos sacramentales que habían sido comunes en algunos lugares durante el siglo XVI y que, impulsados por las clases altas y seguidos por el resto del pueblo, dieron lugar a la aparición de procesiones del prendimiento a finales del siglo XIX en muchos sitios, entre ellos Balmaseda.

5.2. 1850-1865. La aparición de los penitentes y fariseos

5.2.1. La aparición de los penitentes o nazarenos

La “recuperación” de la participación popular en la Semana Santa parece que empezó a mediados de siglo con la reintegración de los penitentes en las procesiones aunque ahora estos se limitarán a portar cruces, desapareciendo las velas que llevaban antiguamente los cofrades de la Vera Cruz, pues las procesiones ya no eran nocturnas como se acostumbraba en siglos anteriores¹⁴³.

La primera noticia que recogemos es de 1849, procedente del inventario que anualmente hacía la cofradía de sus pertenencias. A los penitentes se les denominaba *nazarenos* como en otros muchos lugares y, por la forma de expresarse, da la sensación de que ya habían salido algún año anterior: *“doce cruces nuevas parte de ellas y parte usadas para llevar a cuestras los que se visten de nazarenos en la mañana del Viernes Santo”*¹⁴⁴.

Es probable que muchos de estos penitentes fueran miembros la Vera Cruz aunque, como señalan los hermanos Etxebarria, sabemos que pagaban por hacerlo, sin duda porque era algo prestigioso que dotaba de reputación personal, así que es posible que participase gente ajena a la Cofradía, provocando además que fuesen omnipresentes en las representaciones. De hecho, las referencias a ellos son frecuentes:

1851	<i>“12 cruces parte nuevas y parte usadas para llevar los nazarenos en las mañanas de Viernes Santo” y así se irá repitiendo en años sucesivos (Etxebarria, 1991: 20)</i>
1852	<i>Por 18 cruces que llevaron los nazarenos diecisiete rs</i>
1854	<i>“carga por las cruces de Semana Santa 18 reales” Diez y seis rs que salieron de las cruces en la procesión de viernes santo por la mañana las que llevan los nazarenos</i>

¹⁴³ La flagelación o disciplina estaba totalmente desaparecida y nunca volvió a recuperarse.

¹⁴⁴ AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

¹⁴² Encíclica *Quanta cura* y *Syllabus* del Papa Pío IX. 1864.

1855	"por diez y seis reales que salieron de las cruces de la procesión del Viernes Santo por la mañana las que llevan los Nazarenos"
1857	"por las cruces del Viernes Santo 17 reales"
1859	"diez y seis cruces de Viernes Santo a real cada una"
1862	"por derecho de Cruces de Viernes Santo 17 reales"
1868	"por el mismo de los penitentes del Viernes Santo 17 reales"

Tabla 5

5.2.2. La aparición del Nazareno Mayor

Hacia mitad de los años 50, en la documentación de la cofradía de la Vera Cruz recogemos diversas citas que mencionan el término Nazareno, la mayoría referidas al Paso Procesional de Jesús Nazareno -reparaciones, arreglos, túnicas para cubrirle- aunque otras parecen señalar que, entre los nazarenos/penitentes, había uno que destacaba sobre el resto, quizás llevando una cruz procesional recordando la figura de Cristo.

Podemos destacar una fechada en 1833 aunque podría referirse tanto al paso como a una persona -*"ciento cinco rs de vellon pagados a don Jose de Tellechea importe de cuatro túnicas para los mayordomos y otra para el Nazareno"*¹⁴⁵- y algunas otras que tratan de la adquisición de 17 túnicas por parte de la Cofradía, entre las que se mencionan las del campanillero -joven que tocaba la campanilla en los funerales- y la del Nazareno, como si este fuera una persona: *"diez y siete túnicas incluidas las del Nazareno y Campanillero de lienzo azul en estado mediano, con nueve capillos y sus lazos"*¹⁴⁶.

La más clara, no obstante, y la que nos indica que en algún momento apareció un cofrade que destacaba sobre los demás es la que aparece en 1883, justo el año en que desapareció la Cofradía de la Vera Cruz, mencionando exactamente la figura del Nazareno Mayor, pareciendo evidente que era una persona destacada entre los penitentes: *"treinta y dos cruces de los penitentes y una del Nazareno Mayor"*¹⁴⁷.

Esto nos lleva a pensar que quizás, a lo largo del siglo XIX, apareciese un personaje destacado entre los nazarenos/penitentes que, portando una cruz, representase alegóricamente la figura de Jesucristo como precedente de lo que sería más adelante su presencia física dentro de la procesión del prendimiento aunque no resulta fácil afirmarlo con rotundidad. Aun así, las fechas de mediados del siglo XIX corren parejas a la de la aparición de romanos y penitentes, y no sería extraño que, a la par que apareciesen ellos, lo hiciese un personaje que recordase la figura de Jesús.

145 AHEB-BEHA. Libro cuentas San Severino. 1862-1894.

146 En origen no todas las túnicas disponían de capillos o gorros -que se ataban con lazos- pues en 1867 se encarga su elaboración: *"para pintar las andas de los pasos como igualmente hacerle el enbalastrado con la mayor economía como higuamente proporcionar el vino para la colación de Jueves Santo de buena calidad como igualmente poner la cera necesaria para las procesiones de Jueves y Viernes Santo como igualmente por los gorros que hagan falta a las túnicas"* (1867). Los capillos son gorros ceñidos a la cabeza atados con un cordón como el de los niños recién nacidos aunque también puede ser sinónimos de capirote que suponemos que es lo que eran. Aun así, resulta extraña la mención a los cordones para atarlos.

147 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

5.2.3. La aparición de los fariseos o romanos

El término fariseo, nombre popular que se da en Balmaseda a los romanos y que también se usaba en Bilbao, aparecerá por primera vez en la documentación de la villa en 1860 (Etxebarria 1991: 20).

La primera mención a este término es, no obstante, bilbaína, además de muy antigua, ya que la localizamos en el Reglamento de la cofradía de la Vera Cruz de Bilbao redactado en 1554¹⁴⁸. La siguiente será también en Bilbao pero ya en pleno siglo XIX, en 1856 (Etxebarria, 1991: 20), lo que parece mostrar que era una denominación cuyo uso había perdurado en el tiempo. En 1860 la documentamos en Balmaseda como ya hemos dicho.

La primera vez que los fariseos salieron en Balmaseda debió ser el año 1859, pues parece que la cita de 1860 da a entender que se trataba de una costumbre de, al menos, el año anterior: *"al mismo tiempo se trato se le diese a los Fariseos, si los había según costumbre del año anterior, treinta y dos cuartillos de vino, a los sirvientes dos cuartillos cada uno en los dos días, a los dos sacristanes cuatro cuartillos cada uno"*¹⁴⁹.

Debieron aparecer como una iniciativa propia de algunos miembros de la Cofradía de la Vera Cruz, influenciados por los conceptos románticos que ya comenzaban a tomar fuerza en el ámbito vasco y el conjunto de la península, probablemente tras informarse por diversas vías.

La presencia de fariseos en Bilbao sería una influencia directa para Balmaseda, puede que hasta para el propio nombre, al igual que el *Via Crucis* que realizaban en Lanestosa, sin olvidar que diversos vecinos de la villa debían conocer lo que se hacía en otros lugares de la península, en algunos de los cuales la tradición de salir con guardias romanas venía de muy atrás.

Sabemos, por ejemplo, que en Calanda (Teruel), la Guardia Romana conocida como *putuntunes* procesionaba ya desde 1643, mientras que en Montoro (Córdoba) el llamado cuerpo del *Imperio Romano* lo hacía al menos desde 1694. En Baeza (Jaén) los estatutos de las *legiones romanas* se documentan en 1750; en Priego (Córdoba) el *escuadrón de romanos* ya estaba presente al menos en 1642 y en Tarragona los romanos se conocen desde 1758, entre otros varios¹⁵⁰.

Incluso existían ya en el ámbito vasco donde el ejemplo más antiguo que conocemos lo encontramos en Azkoitia (Gipuzkoa) con romanos -*armatus*- documentados en 1797, año extraño para su aparición por otra parte, pues es la época en la que se estaba intentando acabar con todas estas representaciones populares (Romo 1999: 422).

En 1866 localizamos otro ejemplo guipuzcoano en Segura, donde los romanos comenzaron su andadura por

148 Queremos señalar, a pesar de todo, que la referencia a fariseos no viene en el propio texto del Reglamento bilbaíno, sino en el lateral, a modo de referencia de búsqueda y escrito, además, con una tinta diferente. Creemos que es una anotación del mismo siglo XVI aunque también podría ser algo más tardía.

149 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

150 <https://www.jesusnazareno.com/425/archivos/49843>.

empuje del párroco local, don Prudencio Arrieta (Aguirre Sorondo 1991). También lo hacían en Hondarribia donde parece que procesionaban desde 1884, año en el que el pintor José Ignacio Luis Echenagusia diseñó los trajes.

Otro ejemplo relativamente cercano a Balmaseda es el de la aldea burgalesa de Ahedo de Butrón (Burgos), en la que tanto la presencia de romanos como la procesión del prendimiento se documentan ya a principios del siglo XX. De ella habló Miguel Delibes en su obra “Castilla habla” escribiendo “*lleva una cruz un vecino de allí, pero con todo, ¿eh?, que no le falta nada: la túnica, la corona de espinas, las barbas, las respectivas caídas, tal y como si fuera Jesucristo. Y luego va descalzo y los otros, los judíos, dándole zurriagazos que le ponen. ¡No vea usted cómo le ponen!*”¹⁵¹.

Poco a poco, los romanos empezaron hacer acto de presencia en las procesiones de numerosos lugares de la península, especialmente en el Sur, donde parece que son relativamente abundantes. En Calatrava (Jaén) los *armaos* desfilaban ya desde mediados del siglo XIX; en Huelva la *Centuria romana* apareció en 1892 y perduró hasta 1924; en Cartagena lo hizo en 1918, adoptando su atuendo romano en 1923; en Iznájar (Córdoba) aparecieron hacia 1907 junto a la procesión del prendimiento; en San Roque (Cádiz) lo hicieron a finales del siglo XIX; en Alcaudete (Jaén) la Compañía se creó en 1854, reglamentándose en 1868; en Úbeda (Jaén) los romanos procesionan desde 1914, en Montilla (Córdoba) desde principios del siglo XX, en Tobarra (Albacete) desde 1910, etc.

Los fariseos de Balmaseda, por tanto, nacieron dentro del impulso general que, en el siglo XIX, dieron a estas costumbres las nuevas modas románticas que querían recuperar el pasado, así como las nuevas políticas de la Iglesia, preocupada en hacer frente a la creciente influencia del socialismo y el comunismo entre la población como leemos en las palabras que Pío IX escribió en su Encíclica *Quanta cura y Syllabus* de 1864:

“*pues sabéis muy bien, Venerables Hermanos, se hallan no pocos que aplicando a la sociedad civil el impío y absurdo principio que llaman del naturalismo, se atreven a enseñar «que el mejor orden de la sociedad pública, y el progreso civil exigen absolutamente, que la sociedad humana se constituya y gobierne sin relación alguna a la Religión, como si ella no existiesen o al menos sin hacer alguna diferencia entre la Religión verdadera y las falsas*”¹⁵².

5.3. 1865-1883. La transición a la Semana Santa romántica

5.3.1. 1865. El nacimiento de la Compañía Farisaica “La Invencible” y el desarrollo de los fariseos

En 1865 se produjo un acontecimiento que podemos considerar como el punto de inflexión que llevó al desarrollo final de la Pasión Viviente que hoy en día conocemos.

Ese año, una serie de balmasedanos fundaron la “Compañía Farisaica La Invencible” regulando y poniendo por escrito la costumbre, nacida unos años atrás, de que fariseos o romanos procesionasen junto a los penitentes y los pasos.

La Compañía quedó formada por un *jefe* (Miguel de Villanueva), un *teniente* (Ambrosio de Haedo), dos *bocales* (Julián de Abasolo, Pantaleón de Vidarte y Cástor de Rufrancos) y un *secretario* (Paulino de Renobales). En la firma del documento también aparecen los nombres de José María Hernández, Gregorio de San Pelayo, Simón Bengoechea, José de Juanbelz, José María Errasti, Gerónimo de Villa, Juan José de Onaniel, Ezequiel Villa y José de Ezquerria, fundándose bajo el auspicio del Ayuntamiento del que recibía una subvención para cubrir sus gastos: “*se solicita al mismo, conceda a la compañía una subvención de ciento y veinte reales para ayudar a los gastos que se agan*”.

Su objetivo, como afirman en el artículo quinto de su reglamento, era “*dar realce a las funciones que se verifiquen en los días jueves y viernes de semana santa, y acto de resurrección; figurando a los soldados que custodiaron a Jesucristo en su pasión, muerte y resurrección*” (Etxebarria 1999: 27-28).

El nacimiento de la Compañía no partió, de todas formas, desde un contexto puramente popular sino que fue impulsada por miembros de algunas de las familias más relevantes de la villa, propietarias de negocios que solían ejercer cargos municipales de manera habitual -los Hernández, Vidarte, Abasolo, Juambelz, Villa, Ezquerria, Errasti, etc.-. Muchos eran cofrades de la Vera Cruz.

Los fundadores fueron, por tanto, gente de perfil liberal conservador, seguidores seguramente de Trueba y de los escritores románticos de la época¹⁵³, que debieron crear la compañía dentro del contexto de apoyo al catolicismo tradicional que del Cabildo solicitaba, tal y como leemos en un comunicado de la iglesia de la villa donde se decía que se debía defender todo tipo de embellecimiento del culto:

“*el Cabildo sigue siempre dispuesto a complacer a ese ilustre Ayuntamiento en todo lo que compatible con sus sagrados deberes; y permitiría tanto en la iglesia como en otro acto religioso cuanto contribuya a dar más esplendor al culto divino y buen ejemplo al pueblo, oyendo antes con atención a esta respetable corporación, y poniéndose de acuerdo con ella en lo que tenga de intervenir como tal y para el buen orden público y protección del religioso*” (Etxebarria 1991: 22).

De todas maneras, en la constitución como Compañía tuvo también mucho que ver el deseo de que fuese el Ayuntamiento el que asumiese gastos en vestuario y equipamiento. Parece que los fariseos ya salían antes de 1865 y que eran ellos los que asumían los gastos de vestuario provocando que tuviesen problemas para uniformarse como leemos en 1864:

151 ABC. 23 de abril de 1983.

152 Encíclica *Quanta cura y Syllabus* del Papa Pío IX. 1864.

153 Antonio de Trueba fue nombrado archivero y cronista del Señorío de Bizkaia en 1862 apoyado, entre otros, por el juntero balmasedano Cándido González Mendia.

“para hacer los bistuarios que conceptue necesarios para adorno de las procesiones de Jueves y Viernes Santo para los que sebasten de fariseos o sean soldados, Hermanos, para de ese modo no andar todos los años buscando trages prestados yncomodandose los individuos de la Junta y oír malas razones de algunas personas que prestaban las ropas”¹⁵⁴.

Durante muchos años, la Compañía y la Cofradía de la Vera Cruz crecerán totalmente relacionadas y, durante dos décadas, serían los *hermanos de la Hermandad* los que participasen como fariseos. De hecho, será la propia Cofradía la que se encargue durante años de guardar y renovar el vestuario con la ayuda municipal anual: *tubiendo como tiene la Hermandad para vestir los fariseos que son catamallas, botines, morriones, lanzas, pagando cada uno diez rs puedan darse a los que quieran vestirse* (1877). Finalmente, con la disolución de la Cofradía en 1883, todo su patrimonio pasará a manos del Ayuntamiento¹⁵⁵.

En consecuencia, tras la fundación de “La Invencible” se debió vivir una época de estabilidad en lo referente a la celebración de la Semana Santa. Los pasos estaban terminados y recorrían las calles acompañados de penitentes, fariseos y cofrades, lo que supuso un cambio importante respecto a lo que se había impuesto 50 años atrás, con la separación radical de los espacios profanos y religiosos. Ahora se daba el paso contrario, caminando hacia una nueva popularización de los actos, aunque todavía no pleno¹⁵⁶.

5.3.2. 1865. Las procesiones de 1865

Con la fundación oficial de la Compañía La Farisaica las procesiones y fiestas adoptaron una estructura nueva mucho más vistosa que la que se desarrolló en el Reglamento de la Cofradía de la Vera Cruz en 1829. Ahora se conceptualizaba en tres fases:

El Jueves Santo se destinó a sacar todos los pasos, y el *Viernes Santo* a realizar un *Santo Encuentro* entre los Pasos de *Jesús a cuestras* y el de *San Juan y la Virgen*, manteniendo la tradición que ya describió Martín de los Heros aunque en un día diferente. Finalmente, el Domingo se representaba una tradición hoy olvidada, La Caída de los fariseos dentro de la iglesia de San Severino. Ya lo hemos comentado en el apartado anterior.

Del desarrollo de estos actos en 1865 sabemos que a la una de la tarde del Jueves Santo, la Compañía Farisaica se dirigió a la iglesia de San Severino “a son de tambor destemplado” donde tras arrodillarse “quedarán cuatro solda-

dos y un cabo, custodiando el *Lignus Crucis* como es de costumbre”, retirándose el resto a la sacristía encimera donde se les relevaba cada media hora.

Tras ello se promulgó el sermón en la iglesia, a cuyo término dio inicio la procesión del Jueves Santo en la que sabemos que salieron, al menos, el *Paso de la oración del huerto* y el de *La Columna o Azote* pues los fariseos se situaban entre ellos. Suponemos que, junto a los demás, saldrían el resto de pasos, al menos los del *Nazareno*, *La Cena*, *La Cruz a cuestras*, *el Descendimiento* y *el Ecce homo*, representando un Via Crucis compuesto por pasos que incluiría las estaciones desde el prendimiento hasta la Crucifixión. Terminada la procesión quedaría un nuevo grupo de fariseos -revelados periódicamente cada media hora- custodiando el *Lignum Crucis* hasta las 11 de la noche.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, la guardia farisea se reunió en el Convento de Santa Clara, situándose un grupo de soldados junto al *Lignum Crucis* y permaneciendo el resto en la sacristía. Hacia las 6 o 7 dio comienzo la procesión del Viernes Santo conceptualizada como un *Santo Encuentro*, es decir, como la escena posterior a la resurrección representada por dos pasos, uno de *Jesús* y otro de *la Virgen*, que se encontraban en un punto concreto del pueblo.

Era una procesión semejante a la de otros lugares que en Balmaseda comenzaba con las imágenes de San Juan y la Virgen saliendo de la iglesia de San Juan Evangelista. Cuando los fariseos, ubicados en el convento de Santa Clara, sentían “que la procesión que sale de Sn Juan con la imagen de la Virgen y Sn Juan evangelista, se aprosima al calvario” ponían en marcha su propia procesión con el paso de *La Cruz a cuestras* yendo al encuentro de la Virgen y San Juan, “llevando en su centro, el paso de la cruz a cuestras, hasta encontrarse con la virgen que será en la esquina del Calvario”.

Hecho el encuentro y “la reverencia de costumbre”, el “Paso de la Cruz a cuestras” pasaba delante para, desde aquí, dirigir toda la procesión que subía por El Calvario, Virgen de Gracia, Plaza de Toros y calle Correría hasta llegar a la Plaza San Severino y entrar en la iglesia. Los fariseos se colocaban en el lugar que el Ayuntamiento consideraba adecuado hasta concluir el sermón de la Pasión, acompañando después a la procesión hasta la iglesia de San Juan donde debía terminar hacia mediodía.

A las 2 de la tarde la compañía farisaica regresaba a San Severino “con el mayor silencio; entrando sin detenerse, a la sacristía encimera” de donde salía un grupo de soldados que se colocaba al pie de la Cruz, relevado por otro cada media hora. A la hora del sermón salían de nuevo todos los soldados de la sacristía y se quedaban “al pie de la Cruz” hasta el comienzo de la procesión de la tarde, que daba inicio con el descendimiento de “*el Señor de la Sta Cruz*” y su colocación en el “*Sto Sepulcro*”. Los fariseos se colocaban a derecha e izquierda de este último y ponían en marcha la procesión “*con las lanzas terciadas*”. Concluida esta, la compañía se retiraba a su cuartel (Etxebarria 1999: 27-31).

154 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883; AHEB-BEHA. Libro cuentas San Severino. 1862-1894. La Cofradía finalmente encargó “construir seis bistuarios para seis fariseos y hacerlo para que si sebasten Hermanos de gratis y sinlo querer pagando ocho r cada uno, dejándolo a la discreción de los Mayordomos”, gastándose en las telas 150 reales, lo mismo que en las cotamallas encargadas a Andrés de la Tejera, y añadiendo 40 reales más que fueron destinados a diez lanzas que fabricó Tomás de Acasuso.

155 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

156 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883. En el año de su disolución, la Cofradía declara disponer, entre otras muchas cosas, de “doce lanzas de los fariseos”, “once morriones de id [de los fariseos]”, tres pares de botines en mal uso” y “once cotamallas de id. [de los fariseos] depositado en el Camerín”.

El Domingo de Resurrección, a la hora de los maitines -aproximadamente a las 7 o 7:30- se iniciaba una curiosa celebración ya desaparecida, muy similar a la que, también en Domingo, todavía se celebra en Hondarribia (Gipuzkoa), y que allí denominan La Caída, una representación figurada del desmayo de los soldados romanos que custodiaban el cuerpo de Cristo. Es un acto conjunto que comienza con la caída y luego con la denominada *Ttopara*, es decir un Santo Encuentro en el que se escenifica el encuentro entre Jesucristo y la Virgen María.

En Balmaseda, la compañía de fariseos entraba en la iglesia de San Severino y se situaba alrededor del Santo Sepulcro “que se allara colocado en el centro de la nave superior”. Allí los soldados debían permanecer “en actitud de dormir hasta el Gloria de la Misa, que los saque del letargo un ángel, que saldrá de dicho sepulcro; a cuyo tiempo y manifestando espanto de lo que ven uyan todos azorados, reuniéndose bajo la casa del Ayuntamiento; y desde allí marcharán al Cuartel”. Así terminaban los fastos de las procesiones porque para esta fecha no se hace mención alguna a la Procesión del Silencio que actualmente se celebra (Etxebarria 1999: 27-31).

5.3.3. 1865-1883. La desaparición de la cofradía de la Vera Cruz y de la Compañía Farisaica

Este modelo de procesión debió perdurar durante varios años, probablemente hasta 1883, año en que la Cofradía de la Vera Cruz se disolvió.

Efectivamente, 1865 no sólo fue el año de la fundación de la Compañía Farisaica sino también uno de los momentos cúlmenes de la cofradía de la Vera Cruz, pues significó el inicio de un período de decadencia que llevó a su disolución en 1883, llevándose consigo a la propia Compañía.

Fue un proceso condicionado por el conflictivo siglo XIX, una época llena de guerras e inestabilidad sociopolítica que tuvo unas consecuencias económicas evidentes. La villa sufrió mucho, se empobreció y tuvo que endeudarse, siendo sus consecuencias extensivas a toda la población. Como señala Julia Gómez Prieto, “la etapa comprendida entre 1872 y 1877 no fue tampoco fácil para Balmaseda que vio diezmada su población. Los vecinos optaron en buena parte por abandonar la villa, ya que carlistas y realistas se alternaban en el control del pueblo”¹⁵⁷.

Esto tuvo su reflejo en la Cofradía de la Vera Cruz que, aunque siguió organizando las procesiones de Semana Santa durante los años 60 y 80 del siglo XIX, se olvidó de innovar y centró sus objetivos en la estabilización y mantenimiento de lo que se había logrado.

Los gastos principales no se dirigían ya a grandes adquisiciones sino a lo básico del funcionamiento de la cofradía: compra de cera y velas, de sandalias y vestimentas, y pagos a los músicos, banda de música, organista,

campanillero, a los cuatro sirvientes que transportaban y enterraban los cadáveres, al Cabildo por misas, por sermones, etc.

Los pasos se iban manteniendo como se podía aunque, en ocasiones, no era posible actuar en ellos. En 1871 se habló de pintar La Piedad¹⁵⁸, una escultura exenta de San Severino que se sacaba en procesión, pero hubo problemas por el costo que suponía, “que había de ser una pintura decente porque era una efigie que representa sin altar”¹⁵⁹ y poco después el Abad de la Cofradía tuvo que hablar con un “escultor”¹⁶⁰ para hacer un reconocimiento general pues los pasos no se habían tocado durante años:

“si no tenía ninguna falta en los bultos tenía que pagar la hermandad su reconocimiento pero si algún paso tuviese algún defecto tenía que ponerle con el orden que mandase el que lo reconociese”.

Es probable que el “escultor” fuese Bernabé de Garamendi, aunque finalmente actuarían dos artistas diferentes¹⁶¹, Juan de Landaburu que retocó los pasos y León del Cerro que reparó el Paso de la Última Cena, el que en peor estado debía estar:

“se hizo saber que los apóstoles estaban muy pobres porque se caían en los brazos y se rompían los dedos a lo que se dio orden al secretario para que después de bajarlos el Lunes Santo de principio a ponerlos”.

En 1870 se habló “de retocar el Sto Cristo de los entierros como también fue tratado en reunión de los mayordomos de Fabrica pagar la mitad del costo del Telón para cubrir detrás del descendimiento”¹⁶² y en 1876, año del fin de la guerra, se mandó “orar y retocar el sepulcro del Santo Cristo con la mayor equidad posible como también la corona y letrero y la Cruz de El descendimiento revisando las andas cachabas y bultos para que en caso de necesidad se componga lo que haga falta punto”¹⁶³.

Pero la mayor parte de gastos se dirigían al arreglo de “las andas de los pasos”¹⁶⁴ y las cachavas para sostener y llevar los pasos: “se faculta a don Patricio Rodríguez como mayordomo de turno para que revise las andas y cachabas que sirven en estos días para sacar los pasos de esta cofradía y haga en reponerlo lo mejor que sea posible”.

Se intuye en la documentación una constante preocupación por comprar “económico” o barato y, en ocasiones, se es muy explícito con los problemas de dinero como ocurrió con el repintado de la figura de La Piedad en 1871:

“viendo que no tenía más fondos para atender a sus obligaciones deliberó que no se podía en manera alguna por un año dar este paso aunque algunos de los mayordomos esta-

157 <http://balmasedahistoria.com/uncategorized/03-cronologia-historica-de-balmaseda/>

158 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 135.

159 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 135.

160 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 149.

161 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 136. *dos mil cien r pagados a Juan Landaburu por retocar los pasos [y] treinta a León del Cerro por componer el apostolado.*

162 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 132.

163 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 156.

164 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 156.

*ban con su tercio de seguir su proyecto aunque mal proyectados por no mirar a reflexiones temiendo dejar la hermandad en un déficit por no comprender por su orden las cosas*¹⁶⁵.

Unos años después, en 1876, la Cofradía recogía de nuevo la necesidad de renovar cruces, túnicas y otras cosas, tanto para los cofrades como para los pasos. Los duros años de guerras habían dejado sus consecuencias y había necesidad de renovar:

*“En este estado se manifestó que hacían falta túnicas cruces para las procesiones de Semana Santa y por unanimidad se decretó serían las cuatro de los mayordomos nuevas y además 20 para el apostolado y los [...] y 12 cruces para los mismos*¹⁶⁶.

A estos problemas se unieron los conflictos con el Cabildo eclesiástico, provocados probablemente por los problemas económicos inherentes a todo el mundo.

En 1871 el Cabildo puso en duda la propiedad de los pasos que se guardaban en la iglesia de San Severino¹⁶⁷, algo que quizás debamos entender en términos económicos por pagos por el uso del local, obligando a la cofradía a llevarlos a la iglesia de La Magdalena de donde tuvieron que regresar dos años después por las humedades: *“volver al local que estaban los bultos de la pasión que fueron llevados a la Iglesia de la Magdalena pero viendo que allí se mojaban y se perdían mandaron que se volverían a su local enseguida*¹⁶⁸.

También reflejo de estos problemas debió ser la solicitud del Cabildo a la Cofradía en 1873, en plenas guerras, de un aumento de 20 reales más de costumbre por la celebración del oficio de Tinieblas por la noche¹⁶⁹, así como la queja emitida en 1877 por la Junta de Vera Cruz, en la que se señalaba que los curas se negaban a hacer los servicios funerarios de dos pobres de solemnidad recientemente fallecidos¹⁷⁰, quizás por temor a que no se les pagase pues en 1876 todavía se debía al párroco Félix Ibarreche el dinero del sermón de Jueves Santo del año anterior¹⁷¹.

En 1874 la Cofradía declaró que la falta de pagos *“era el trastorno de todas las juntas anteriores”* e incluso decidió no acudir a los fallecimientos de soldados en el Hospital pues eran tan numerosos que consumían la cera y velas destinados a los entierros de los vecinos de la villa:

*“dispuso que siendo un gran perjuicio para los mayordomos el acudir a los entierros de militares en este Santo hospital fallecen y que las consecuencias de la guerra podrían darse defunciones seguida se les priva la asistencia de estos por no creerlo necesario pero sí acudirán sin pretexto ni excusa al rector con el Santo Cristo y el chico de la campanilla*¹⁷².

La desidia se fue apoderando poco a poco de la Hermandad. Muchos cofrades dejaron de acudir a las juntas *–“la poca delicadeza de muchas personas el no querer asistir a las juntas”*¹⁷³ y otros más dejaron de pagar *–“dieron cuenta los mayordomos de que los hermanos Felipe salto Severino Valle Santiago maldá se habían negado por repetidas veces al pago de la cuota”*¹⁷⁴.

A mediados de los 70 se detectaron incluso irregularidades con el dinero cometidas por diversos mayordomos que se prolongaron en el tiempo.

En 1878 el Rector escribía que *“los mayordomos han cogido ciertos abusos que están privados por el reglamento”*, llegándose a afirmar que *“la hermandad lleva una marcha malísima por consiguiente si no se pone remedio estos abusos y faltas al reglamento no vendrá a parar más que en la ruina de la hermandad porque la veo muy mal estado continuo”*¹⁷⁵.

Al final, esta afirmación no sería sino una premonición de lo que sucedería más adelante. En 1881 se denunciaron irregularidades contables y las cuentas fueron entregadas al Vicario para que las revisase y las validase pero no se llegó a ninguna solución:

“las gravísimas faltas que se observan en las cuentas recordando que ni antes ni después han estado autorizados los mayordomos de la hermandad para hacer pagos por sí sin libramiento expedido en debida forma pues lo prohíbe terminantemente el reglamento”

Finalmente, en 1882, sin visos de poder solucionar los problemas, la Junta decidía disolver la Cofradía y entregar sus enseres al Ayuntamiento:

*“Viviendo la Junta por primero la falta de compromiso con esta cofradía según dejó expresado y por segundo la falta de carácter y el ánimo de los cofrades invitados por la falta de cumplimiento con esta difunta y no ser posible en acabar de realizar por completo el cobro de las listas por negarse al pago los cofrades que no han satisfecho el estipendio anual y la negativa del señor contador la Junta general aprobó la dimisión del cargo que venimos ejerciendo hasta no SEC 14 de septiembre haciéndole presente al señor alcalde que no era por el poder nombrar otra Junta y que nos encontramos en el caso de entregarle todas las insignias pertenecientes a dicha cofradía”*¹⁷⁶.

El Arcipreste Hermenegildo de Trucíos intentó parar la disolución dirigiendo varias comunicaciones al Abad de la Cofradía que no tuvieron respuesta: *“visto el desprecio y falta de consideración con que usted ha mirado mis dos precedentes y justas comunicaciones fecha 4 de octubre y 19 del corriente de noviembre defendiendo a su infundada dimisión hecha con fecha de 3 de octubre.*

Finalmente, unos 400 años después de su fundación, el Arzobispo no tuvo más remedio que admitir la disolución de la Cofradía, arrastrando consigo a la Compañía La Farisaica, a la que se instó a entregar todo su patrimonio:

165 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 135.

166 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 156.

167 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 134.

168 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 142.

169 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 144.

170 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 160.

171 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 155.

172 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 148.

173 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 146-147.

174 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 164.

175 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 162.

176 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883: 185.

“admitirla sin perjuicio de proceder en tiempo oportuno a lo que haya lugar por consiguiente entregaría usted a la Junta de fabrica todos los enseres y demás que corresponde a la hermandad de la Santa Vera Cruz como rector y mayordomos de ella en el término de 3 días”.

Moría así la cofradía que más tiempo había sobrevivido en Balmaseda, dando paso a una nueva época en la que las procesiones serían organizadas por el cabildo y el Ayuntamiento, el primero incidiendo en la parte religiosa y el segundo dotando de cada vez mayor peso popular a su celebración y facilitando que, en unos pocos años, naciese la Procesión del Prendimiento. Balmasedanos y balmasedanas se volcarían casi de inmediato en estas nuevas representaciones y, partiendo de los papeles de Jesús y el Cirineo, irían surgiendo otros hasta llegar a la situación actual en la que en torno a 500 vecinos y vecinas participan anualmente en la Pasión Viviente.

5.4. 1883-1935. El triunfo de la Semana Santa romántica

5.4.1. 1888-1935. La popularización de los fariseos

Los fariseos y penitentes siguieron participando de manera similar a lo largo de los años, al igual que los pasos procesionales, que no se ampliaron en número, limitándose a realizar mejoras, arreglos y búsqueda de mejores lugares para su almacenamiento y conservación.

Pero con la desaparición de la Cofradía de la Vera Cruz en 1883 se entró en una nueva época en la que la participación popular alcanzó cotas mucho mayores. Los cofrades fueron sustituidos por gente del común en los puestos de fariseos y los actos se volvieron más seculares aunque todavía controlados por la Iglesia:

“se leyó una comunicación del Sr. Arcipreste, referente a los objetos de la extinguida Cofradía de la Santa Vera Cruz, acordándose que se le manifeste que se han designado personas de confianza por el Ayuntamiento para que hagan de fariseos en las procesiones, esperando de él que aprueba la lista de ellos” (acta de 1886)¹⁷⁷.

Además, la villa estaba en un momento álgido tras superar la última guerra carlista. Había negocios de todo tipo y grandes empresas. En 1890 se había puesto en marcha el Ferrocarril que unía Zorrotza y Balmaseda, y en 1894 el de La Robla. En 1892 se inauguró la fábrica de boinas *La Encartada* y en 1898 la de Plomos en el cercano barrio de La Herrera (Zalla). Para 1908 la fábrica de muebles *La Magdalena* de Mariano Murga daba trabajo ya a una cincuentena de personas y, diez años después, ya había ebanistas instalados por su cuenta.

La villa estaba en pleno crecimiento y, además, disponía de un evento que comenzaba a aglutinar a miles de personas venidas de fuera: las procesiones.

El puesto de jefe de los fariseos se empezó a llamar cabo por herencia de los alardes militares que se hicieron

en la villa en el siglo XVIII¹⁷⁸, y el proceso de participación comenzó a realizarse previa solicitud al Ayuntamiento. Era algo disputado porque “salir de fariseo” era motivo de prestigio y orgullo.

El primer listado que conocemos, de 1884, muestra cómo era gente del pueblo la que salía ahora de fariseo: *“se comunica a V.I. los mozos que an de cumplir de Fariseos en las funciones de Jueves y Biernes Santo al mando de sus dos cabos que serán Dios mediante Ysidro Larrea y Antonio Altamira son los siguientes: Eusebio Ibarguen, Juan Onaniel, León Onaniel, Domingo Escudero, Estanislao Puente, Rufo Santiago, Gregorio San Miguel, Francisco Ibáñez, Liborio Larrea, Enrique Puente, Justo Lezama”* (Etxebarria 1991: 25).

Los listados se irán sucediendo año tras año y ya en 1887, junto al cabo Florencio Ortiz Cariaga y los 14 fariseos elegidos, se destacará uno como tambor -en este caso José Avellaneda-, lo que nos lleva a ese aspecto militar tan habitual en muchas representaciones de Semana Santa a lo largo y ancho del Estado (Etxebarria 1991: 25).

Durante años fue común que no hubiese un cabo sino dos y que el Ayuntamiento gratificase a los participantes con 20 pesetas: *“siendo costumbre dar una gratificación a los individuos que forman el cuerpo de fariseos se acordó dar 20 pesetas de los fondos municipales a los que han figurado en las procesiones de esta Semana Santa”* (1884).

Era un dinero, como el cabo Florencio Ortiz señala en 1890 *“para ayuda de los gastos y molestias que causa asistir a los divinos oficios y a las procesiones indicadas”* (Etxebarria 1991: 25).

En estos años ya había dado inicio la Procesión del Prendimiento, como trataremos más adelante, y los fariseos, penitentes y cofrades se estaban convirtiendo en los acompañantes del protagonista principal, Jesús, que había nacido como un personaje destacado entre los nazarenos.

Las cuadrillas las organizaba la persona que quería salir de cabo ese año, aunque parece que, en un principio, eran seleccionados por regidores del Ayuntamiento como vemos en 1885: *“encargados de arreglar la cuadrilla serán los regidores don Pantaleón de Vidarte y don José de los Heros”*.

En el año 1890 ya es un vecino -en este caso Florencio Ortiz- quien solicita permiso al Ayuntamiento para *“formar la Escolta de Fariseos, y elegir el Nazareno y dirigir a estos en dichas funciones que tengan lugar en la próxima Semana Santa de la presente Cuaresma...”*, y así se continuó durante los años siguientes.

En 1892 lo hizo Eugenio Aguirrezabal -aunque el cabo finalmente fue Eugenio Urrutia-, en 1893 fueron Ramón San Cristóbal y Santiago Arisqueta, en 1894 y 1895 Severino Rico, en 1896 y 1897 Juan Cruz Renobales, en 1898 Clemente de la Puente, en 1899 Isidoro Villa y en 1900 Eduardo González Ubieta (Etxebarria 1991: 34-35)¹⁷⁹.

La representación iba adquiriendo cada vez mayor peso, por lo que en 1894 se llevaron a cabo una serie de

177 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

178 BUA-AMB. Libro actas 1702-1714.

179 BUA-AMB. Carpeta Semana Santa.

mejoras, principalmente en los trajes, que redundaron en un mayor esplendor de las representaciones. Se pretendía dar mayor verosimilitud al vestuario -de ahí los petos de cuero, las sandalias, etc.-, sin duda basándose en las nuevas publicaciones que, poco a poco, iban llegando a la villa y en las fantásticas litografías que publicaba El Noticiero Bilbaíno, uno de los periódicos referentes de la época.

Ese año, la Comisión de trajes de fariseos abrió una suscripción popular tras dar cuenta al Ayuntamiento *“de un proyecto para reformar los trajes de los llamados fariseos por otros más apropiados”* con la que el Consistorio se mostrará totalmente de acuerdo: *“indudablemente continuará constituirá al mayor esplendor las procesiones de Semana Santa”*.

Las mejoras se fueron sucediendo y en 1895 se pagaron 10 pesetas a Juan de Ereño *“por compostura de las sandalias de los fariseos que salen en las procesiones de Semana Santa y cinta para las misma”* y otras 15 a Felipa Vidarte *“por arreglo de las ropas de los mismos fariseos”* (Etxebarria 1991: 37)¹⁸⁰.

Los trajes debieron ser hechos, en opinión de los hermanos Etxebarria, por Severino Rico, guarnicionero, también el primero en usarlas, y el pago fue realizado por suscripción popular más lo añadido por el Ayuntamiento para completar el presupuesto:

“que el Ayuntamiento abone la cantidad que se adeude a la Comisión para pagar lo que falta de la recaudación para los trajes de los fariseos siempre que estos trajes pasen a ser propietarios del Municipio” (Etxebarria 1991: 35-36).

Aceptado el acuerdo, el Ayuntamiento aportó las 496 pesetas que faltaban para hacer el pago total y se convirtió en propietario de los trajes.

Su primera decisión fue *“colocarles en cualquier de los locales de la Casa Consistorial en la mejor forma que pueda conservarse”* aunque en 1896 se acordó que serían las monjas de Santa Clara las que se encargarían de custodiarlos y conservarlos a cambio de una gratificación:

“se acordó por unanimidad encargar a las Monjas de Santa Clara de la conservación y cuidado de los trajes de los llamados fariseos comunicándolo a la superiora por si se digna acceder, acompañándola en su caso inventario” (Etxebarria 1991: 37-38).

Las monjas fueron gratificadas en abril de 1898 con 50 pesetas *“por el buen cuidado y conservación de los trajes y efectos de los llamados fariseos”* y en julio con otras 50 *“por compensación de gastos hechos en el arreglo de las ropas y efectos de los llamados fariseos”*. Otras 50 pesetas más volvieron a cobrar en 1900, al igual que en años venideros.

Otro ejemplo de la importancia que había adquirido la participación de los fariseos fue el incremento de la cuantía que se les entregaba -de 30 pesetas en 1896, 50 en 1898, 60 en 1900 y 100 a partir de 1908 - y que ésta ya no se dedicaba al cuidado de los trajes pues era una labor ahora pagada a las monjas.

El dinero se convirtió en una gratificación por su participación, lo que nos habla mucho de cómo estaban evolucionando las procesiones y su creciente peso popular. Al parecer, el dinero se destinaba a una merienda (Etxebarria 1991: 47) y los cabos y fariseos eran ya sin ninguna duda preferentemente de las clases populares: Cándido González Ubieta, cabo en 1900, era jornalero; Plácido Junco, cabo en 1901, era herrador; Justo La Serna, cabo de 1904, también jornalero; Ángel Luis Escudero, cabo en 1909, albañil, etc.

Tanto prestigio otorgaba que rápidamente nacieron conflictos y rivalidades.

En 1909 Pedro Echeandia y León Onaniel rivalizaron para que *“se les conceda la dirección como cabo de la cuadrilla de fariseos para las procesiones de la Semana Santa del próximo año”*, y en 1912 se decidió establecer un plazo de solicitudes por el alto número que se presentó y porque algunos se ofrecían incluso a hacerlo gratis con tal de ser ellos los elegidos:

*“es de opinión que como para hacer tal servicio haya varios pretendientes y entre ellos alguno que lo haga gratis por promesa o por otra circunstancia y hasta llegarían a ser posible a ofrecer dinero para formar la cuadrilla de fariseos cree conveniente que para en lo sucesivo se debe fijar un plazo dentro del cual se admitan cuantas solicitudes se pretende para dicho servicio resultando con esto si no gratis, muy económicamente para el Ayuntamiento”*¹⁸¹.

En 1922 volvieron a competir dos personas, Luis del Río y Fernando Arisqueta, pero los años de mayor rivalidad se dieron en 1918, 1923 y 1925.

El deseo de salir como cabo con su propia cuadrilla provocaba que los solicitantes compitiesen a la baja, es decir, ofreciéndose a participar por cuantías menores de lo que el Ayuntamiento solía aportar e incluso, si lo tenían, proponiendo usar su propio vestuario para no estropear el municipal.

Sin duda, muchos vecinos disponían de ropa propia que se habían hecho para participar en las cuadrillas y, de hecho, sabemos que había reticencias a dejarlos prestados¹⁸².

En 1918 se llegaron a entregar cinco solicitudes para desempeñar el puesto de cabo. Fueron ofrecidas, por Víctor Orrantia, Juan Cruz Santibáñez, Carlos Pereda, Martín de la Serna y Aniceto Aguinaco Garagorri, siendo este último el designado al proponer usar su propia ropa y pedir la cuantía más baja, 80 pesetas.

En 1923 se presentaron cuatro, Fernando Tarancón, Manuel Santamaría, Carlos Pereda y Luis del Río, siendo este último el que logró el puesto al ofertar 70 pesetas y su propia ropa.

Fue la de 1925, no obstante, y como señalan los hermanos Etxebarria, la elección más reñida y la que incluso llegó a cambiar las normas pues uno de los pretendientes llegó a ofrecer dinero por salir.

180 AHEB-BEHA. Libro actas cofradía Vera Cruz. 1828-1883.

181 BUA-AMB. Carpeta Semana Santa.

182 BUA-AMB. Carpeta Semana Santa.

Ese año se presentó de nuevo Manuel Santamaría que ofreció hacer de cabo por 70 pesetas, Carlos Pereda que lo hizo por 50 más la ropa de cabo, Martín de la Serna que ofreció hacerlo *“por diez pesetas menos que cualquiera”* y ropa para dos años en caso de que lo eligiesen para el siguiente, y Mariano Obregón que ofreció 60 pesetas y la ropa (Etxebarria 1991: 50-52).

Pero la novedad vino en esta ocasión por parte del alcalde, Victoriano Rodet Arechaga, quien afirmó en la Junta Municipal Permanente que no estaban bien fijadas las condiciones para la concesión de la plaza de cabo de fariseos.

Por ello, creó un modelo de instancia a rellenar por el solicitante y estableció una serie de normas “estéticas” y de funcionamiento. Victoriano era el padre de Roberto Rodet, la persona que cambiaría profundamente las procesiones años después, especialmente en su ámbito estético. Quizás heredó algo de su padre.

El alcalde aclaró que la elección era *“incumbencia de la alcaldía”*, señalando que la compañía debía constar de *“12 individuos y el tambor además del cabo”* y que los fariseos debían medir al menos 1,65.

Se recogía que la *“ropa de punto del cabo”* correría a cargo del Ayuntamiento quien se quedaría con ella, seguramente para poder adaptarla al siguiente solicitante en años posteriores. En cambio, *“la ropa de los individuos y tambor”* sería a cuenta de cada uno de ellos y, a poder ser, nueva.

También se expresó que el cabo sería responsable de que los fariseos no bebiesen más de la cuenta, algo que debía ser habitual y que ya reflejó con cierto humor Martín de los Heros años antes, así como que debían de seguir las disposiciones de los *“directores de las Congregaciones”*.

Los contendientes de 1925, bajo estas nuevas condiciones, propusieron sus condiciones.

Mariano Obregón ofreció 50 pesetas mientras que Carlos Pereda y Martín de la Serna se prestaron a hacerlo gratis aunque fue Manuel Santamaría el que se quedó con el puesto de cabo pues, cambiando las reglas, no pidió dinero sino que se ofreció a pagar 50 pesetas. Aun así, al término de las procesiones, solicitó una gratificación para poder sufragar en parte la merienda *“que es siempre costumbre dar a todo el personal de ambos sexos que han tomado parte en las procesiones”*. El Ayuntamiento le concedió 80 pesetas¹⁸³.

Este pequeño cambio fue un hecho significativo, reflejo del prestigio que había adquirido no sólo el cargo de cabo sino la posibilidad de participar en una Semana Santa que ya incluía una procesión del prendimiento que atraía gente de todos los lugares.

Tomar parte en las procesiones suponía ya algo más que una tradición local y pasaba a ser motivo de orgullo.

5.4.2. 1888-1935. Nacimiento y desarrollo de la Procesión del Prendimiento

En 1883, tras la disolución de la Vera Cruz, nació una nueva organización en la que la parte religiosa quedó gestionada por el Cabildo eclesiástico y la popular, con la coordinación de las cuadrillas de fariseos, por el Ayuntamiento. Entre ambos parece que hubo buen entendimiento pues el consistorio siguió asumiendo gastos como el del predicador de los sermones mientras que el Cabildo fue permisivo con las cuadrillas de fariseos que se organizaban cada año de manera popular. Las disensiones provocadas con la Cofradía en los años 70 y principios de los 80 desaparecieron.

Este “entendimiento” favoreció, además, el proceso de secularización de la Semana Santa. Así, mientras el Ayuntamiento abría la posibilidad de participar como fariseos al conjunto de la población y promovía la aparición de nuevos personajes y escenarios, la iglesia defendía la participación popular como medio para reforzar la fe (Etxebarria 1992: 132)¹⁸⁴ y hacer frente al comunismo y socialismo que, ahora sí, estaban ya presentes en Bizkaia¹⁸⁵.

Será en este contexto, a tenor de lo que sabemos, donde surgiría la decisión de “crear, recuperar o rememorar” los antiguos *autos del prendimiento* de los que hablamos en el siglo XVI aunque no podemos determinar cómo se produjo.

Como ya hemos comentado, estos autos del prendimiento resurgieron en diversos lugares de la península a finales del siglo XIX y principios del XX por impulso de la Iglesia, interesada en promocionarlos, y del propio espíritu romántico de la época que exaltaba el pasado y la religiosidad popular.

No sería extraño, por tanto, que detrás hubiesen estado algunos de los vecinos más relevantes de la villa, gente con acceso a los periódicos y revistas que se publicaban en Bizkaia y el Estado, muy relacionados con la iglesia y su política, además de habituales cargos públicos y quizás antiguos cofrades de la Vera Cruz.

Aun así, tampoco podemos desechar que fuese algo más popular, pues la procesión del prendimiento surgió tras la disolución de la Vera Cruz y tal vez fuese la consecuencia del simple deseo del Ayuntamiento y la cuadrilla de fariseos de seguir dotando de mayor vistosidad a las procesiones. De hecho, sabemos que, al menos durante las primeras décadas, fueron los cabos de las cuadrillas de fariseos los que organizaron la salida de Jesús y el Cirineo, de forma que la iniciativa quizás partiese de ahí. David Pereda, quien hizo de Jesucristo en 1922 y cuyo testimonio recogieron los hermanos Etxebarria en 1992, recordaba que para salir de Jesús en su época había que dirigirse al cabo de fariseos.

184 Sabemos que el periódico *El Liberal* publicó en 1917 un artículo que ridiculizaba las procesiones.

185 Facundo Perezagua fundó las primeras asociaciones socialistas en Bizkaia en 1885. Al año siguiente creó la de Bilbao, en 1887 la de Ortuella y en 1890 la Federación Socialista de Bizkaia. En 1891 fue nombrado concejal en Trapagaran, lugar donde se ubica el barrio minero de La Arboleda.

183 BUA-AMB. Carpeta Semana Santa.

Para ello se podrían haber basado en actos celebrados en otros lugares como el *Via Crucis de Lanestosa*¹⁸⁶, que parece ser algo más antiguo que el de Balmaseda, o en otros de diferentes lugares de la península. Quizás también se pudieron fijar en pasos procesionales como uno de los que se conserva en Bilbao en el que se representa una escena tallada que es idéntica a la escena del prendimiento que se recogía en las ordenanzas de la Vera Cruz de esa localidad en 1554. Y, por último, teniendo en cuenta la tradición oral de Balmaseda, no hemos de olvidar la posibilidad de que alguien hubiese transmitido una escena que podría haber estado incluida en la documentación de la cofradía de la Vera Cruz que se quemó a principios del siglo XIX. Aun así, como ya hemos dicho al tratar el siglo XVI, no ha llegado ninguna referencia histórica hasta nosotros.

En definitiva, lo que sabemos a día de hoy es que, tras la aparición de los penitentes/nazarenos y los fariseos, empezó a destacarse un personaje dentro de la procesión, el Nazareno Mayor, quien durante varios años del siglo XIX debió representar icónicamente el papel de Jesucristo vestido como un penitente y cargado con una cruz procesional hasta que, en un momento indeterminado posterior a 1883 y anterior a 1888, se decidió que, junto a él, se introdujese la figura del Cirineo.

Suponemos que en este momento también les cambiarían los atuendos, al menos ligeramente, cargando al Cristo con una pequeña cruz de madera, aunque siguieron procesionando con la cara tapada como el resto de penitentes hasta 1920.

Este es el origen de la Procesión del Prendimiento que, como los hermanos Etxebarria señalan, fue mencionada por vez primera en un comunicado que el Cabildo envió al Ayuntamiento el 18 de marzo de 1888 informando del recorrido de las procesiones de ese año. En él se daba a entender que no era la primera vez que se hacía: “*el Viernes Santo por la mañana procesión llamada vulgarmente del Prendimiento; acto seguido sermón de la Pasión*” (Etxebarria 1991: 33-34).

Las procesiones de ese año, con la primera representación del Prendimiento que conocemos, fueron descritas sucintamente por el párroco Vicente de Iturbe¹⁸⁷.

Relató Iturbe que el Jueves Santo, a las diez, se ofició Misa y seguido, dentro de la iglesia, “*la procesión de rúbrica para la reserva del Santísimo Sacramento en la Urna del Monumento*”. Desde las 3 a las 4 de la tarde se cantaron maitines solemnes, al término de los cuales se predicó el Sermón del Mandato “*después del cual habrá procesión por las calles, según ha sido costumbre en años anteriores*”. Suponemos que en ella se sacarían la mayor parte de pasos que existían en ese momento acompañados de

penitentes y fariseos, probablemente siguiendo un orden similar al que llevaban en 1865: La Columna o Azote, Nazareno, La Cena, La Cruz a cuestras, el Descendimiento, el *Ecce homo*, la Virgen de la Soledad, San Juan...

Durante el Viernes Santo se celebró la procesión del prendimiento, “*por la mañana procesión llamada vulgarmente del prendimiento*”, seguido del Sermón de la Pasión, la Adoración de la Cruz y misa.

De la procesión no podemos decir mucho aunque suponemos, como ocurrió en años venideros, que comenzaría hacia las 7 de la mañana en el Campo de las monjas donde el cabo de fariseos escenificaría el prendimiento de Jesús echándole una soga al cuello y dándole una pequeña cruz para, junto con el Cirineo, integrarles dentro de las procesiones. Ambos irían con la cara tapada y no sabemos si escenificarían las caídas o alguna estación más.

Por la tarde, a las tres, había Sermón de la Soledad de la Virgen María, procesión de nuevo y maitines. De esta procesión tampoco dice nada Iturbe aunque parece claro que fue un Santo Encuentro como documentamos posteriormente.

Finalmente, el Domingo de Pascua, a las diez de la mañana, se oficiaba Misa Solemne con Sermón de la Resurrección. Parece que ya había desaparecido la costumbre de representar La Caída, el desmayo de los romanos frente al Santo Sepulcro¹⁸⁸.

Al año siguiente, en 1889, en el listado de fariseos que Liborio Larrea envió al Ayuntamiento, aparecerán documentados por vez primera el Nazareno y el Cirineo, interpretados por Carlos Ortiz y Julián Larrea y, por lo directo del listado, parece sobreentenderse que no era la primera vez que se hacía: “*Liborio Larrea (cabo) y suditos: José María Vidarte, León Onaniel, Mariano Ubieta, Baldomero Lafuente, Pedro de Larrea, Severino González, Paulino Zerruela, Isidoro Ubieta, Pío San Cristóbal, Julián Asua, Santiago de la Puente, Sebero Montaña y, de tambor, Justo Larrea. Carlos Ortiz (Nazareno) y Julián Larrea (Cirineo)*”¹⁸⁹.

Según recogieron de forma oral los hermanos Etxebarria en los años 90, el prendimiento ya se realizaba para esta época en el Campo de las monjas, dando inicio a la procesión del Viernes Santo. No sabemos si se interpretarían ya las tres caídas pero sí que unos balmasedanos apellidados Larrea y conocidos como “Los Cholos” salieron de Jesucristo en aquellos años, iniciando un camino al que, poco a poco, se fueron añadiendo nuevos personajes (Etxebarria 1991: 45).

A partir de 1903 comenzaron a aparecer en prensa distintas menciones a las procesiones aunque no será hasta 1906 cuando encontremos la primera descripción interesante, especialmente en lo referente a una serie de costumbres particulares.

Señala ese año *La Gaceta del Norte* que durante el Jueves Santo los visitantes recibieron el llamado Pan de los

186 Al parecer, la procesión del prendimiento de Lanestosa es algo más antigua que la de Balmaseda.

187 El párroco comienza la descripción en Domingo de Ramos, “*a las diez menos cuarto de la mañana, dará comienzo la bendición de las almas, concluida la cual se hará la procesión de rúbrica, y acto seguido la misa en que se cantará la Pasión*”, y también habla del Miércoles Santo, “*a las cuatro de la tarde se cantará maitines*”.

188 BUA-AMB. Carpeta Semana Santa; Etxebarria 1991: 33-34.

189 BUA-AMB. Carpeta de Semana Santa.

Pobres en la Capilla del Inmaculado Corazón de María, costumbre debió nacer con la centuria a tenor de la noticia: “a primeras horas de la mañana del Jueves Santo fueron muchísimas las personas que en la devota capilla del Inmaculado Corazón de María recibieron el Pan de los pobres”.

También recoge el artículo que se celebraron oficios divinos en todas las iglesias y que las autoridades “recorrieron todas las iglesias para su visita al Santísimo Sacramento”, mostrando que la costumbre de levantar Monumentos junto a los altares y visitarlos seguía viva¹⁹⁰. Igualmente se señala que “hubo además, según costumbre de años anteriores, visita a las cárceles”.

Continúa el artículo indicando que, después del Sermón de la Cena, salió la procesión con normalidad, “y cantadas las Tinieblas, salió la procesión sin ningún incidente”, aunque no especifica qué pasos salieron. Suponemos que los mismos que años antes, acompañados de los fariseos.

El Viernes Santo se volvió a celebrar la procesión del Prendimiento en la iglesia de Santa Clara -refiriéndose al Campo de las monjas- después de la cual “el Padre Faustino Echevarría, del Inmaculado Corazón, predicó sublimemente acerca de la Pasión de Nuestro Señor”, recordatorio de lo importante que eran estos sermones para nuestros antepasados, hoy olvidados por la mayoría. A la tarde del Viernes se celebró, siguiendo costumbre de épocas anteriores, “la procesión del Santo Entierro, que recorrió el mismo itinerario que en años anteriores”¹⁹¹.

Para esta época las procesiones tenían ya un perfil muy definido: una procesión en Jueves Santo compuesta por pasos, y otras dos en Viernes Santo, la de la mañana centrada en la representación del *Via Crucis*, y la de la tarde denominada del Santo Entierro.

Así nos los muestran las diferentes crónicas periodísticas de que disponemos, una de 1911 de *La Gaceta del Norte* y cuatro de 1914, 1916, 1917 y 1919 de *El Pueblo Vasco* en las que vemos la repetición de programas, con puntuales y discretas novedades, y donde lo más llamativo fue la anulación de los Jueves Santo de 1916 y 1917 a causa del mal tiempo. No hay muchas noticias relativas a los años 20 más allá de que se seguía celebrando la procesión del prendimiento pero suponemos que no habría cambios significativos.

Como siempre, todo comenzaba en Cuaresma con las prédicas de los sermones¹⁹² a cuyo término las calles se engalanaban para recibir al Miércoles Santo.

La crónica de 1911 recordaba que “a esta hora presentaba un bonito aspecto la calle de la Correría y la plaza de

S Severino, por las muchas iluminaciones colocadas en balcones y ventanas durante el paso de la Procesión”, estando todo ya preparado para el inicio de la Procesión de Jueves Santo que comenzaba hacia las 6 de la tarde en la iglesia de San Severino “con diversos pasos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y algunas imágenes”.

Estos iban acompañados, con “severa indumentaria” y “muchu uniformidad”, por el cuerpo de fariseos “quienes provisto de rodela y lanza, iban precedidos del tambor” y por los diecisiete nazarenos o penitentes que venían haciéndolo desde muchos años atrás: “fueron de “nazarenos” diecisiete individuos más cantándose entre estos cuatro niños de diez a doce años llamados Felipe Arocena, Manuel Eguilior, Antonio Amunategui e Isaac Puente”¹⁹³.

En el camino, la Capilla, es decir el grupo de cantantes y músicos de la parroquia, cantaba “un miserere a tres voces, original del notable compositor D Martín Rodríguez”, organista de la villa y músico muy reputado. La procesión continuaba su recorrido por las calles de Balmaseda hasta regresar una hora y media después a la iglesia de San Severino.

Los actos del Viernes Santo daban inicio a la madrugada en el Campo de las Monjas con la ceremonia del Prendimiento. En 1914 se escribe que “se verificó en el Convento de las monjas, pegante a la casa cural del convento de Santa Clara la ceremonia del Prendimiento”, ubicación que siguió siendo la principal durante años a excepción de 1916 como señalaremos en breve.

La escena del Prendimiento era sencilla y, como leemos en 1911, en ella al Jesús le echaba “un cordel al cuello el cabo de los sayones” quien le conducía “descalzo y con la cruz a cuestas por la vía Dolorosa precedido de la Magdalena [...] encontrándose en el punto llamado El Calvario con las Tres Marías quienes se colocan detrás del Señor y continúan así todo el camino”. Las Tres Marías -la Virgen, La Magdalena y la Verónica- se situaban, por tanto, inmediatamente detrás.

Detrás se ubicaban “hasta dieciocho o veinte jóvenes y niños, con su correspondiente cruz, llamados los nazarenos por ir vestidos de tales, los cuales acuden a cumplir los votos o promesas que han ofrecido” y, por supuesto, los fariseos que, al igual que en Jueves Santo acompañaban constantemente la procesión destacando por “su severa indumentaria [...] quienes provistos de rodela y lanza, iban precedidos del tambor, a cuyo compás marchaban, marcando muy bien el paso en los descansos, y yendo perfectamente alineados”.

En la procesión iban, evidentemente, una serie de pasos procesionales que no se detallan. También se representaban ya las caídas -no sabemos si todas-, documentadas por vez primera en 1911, aunque suponemos que vendrían de bastante atrás:

“siguió la procesión en la que iban las imágenes de San Juan y la Dolorosa, por la Plaza de los Fueros y la Correría, haciendo en esta calle su primera caída el Nazareno y uniéndose entonces a él para ayudarle a llevar la cruz el Cirineo”.

190 Es una costumbre que seguirá viva durante muchos años pues en un artículo de *La Gaceta del Norte* el 24 de marzo de 1935 también se cita.

191 *La Gaceta del Norte*, 1906-04-16.

192 Esta costumbre religiosa no se suele reflejar en los medios de comunicación de esta época pero que sí leemos en la crónica de 1917 donde se menciona que el Padre Juan Echevarría, misionero del Inmaculado Corazón de María, “había predicado en esta parroquia, además de estos días todos los domingos de Cuaresma”.

193 *El Pueblo Vasco*, 1911-04-17.

Ese año interpretaron al Nazareno y al Cirineo, Manuel Bárcena y Jesús Urrutia respectivamente, y es la primera vez que aparecen nuevas figuras, la de La Magdalena y las Tres Marías citadas:

“En la madrugada del Viernes se verificó en el Campo de las Monjas la ceremonia del Prendimiento, habiendo hecho de “Jesús Nazareno” el joven Manuel Bárcena, a quien después de echarle el cordel al cuello el cabo de los sayones le conduce descalzo y con la cruz auestas por la vía Dolorosa precedido de la “Magdalena”, representada por Josefina Olano, encontrándose en el punto llamado del Calvario con las tres “Marías” quienes se colocan tras el Señor, y continúan así todo el camino, habiendo hecho de tales las virtuosas jóvenes Martina Beraza, Aurea Olano y Gregoria Zaballa, quienes se condujeron con profundo fervor y religiosidad, como también el “Nazareno” y la “Magdalena” ya indicados”¹⁹⁴.

Un poco después, en 1914, encontramos la primera cita independiente de la Verónica -una de las Tres Marías-, interpretada por Gloria Herrero¹⁹⁵, y en 1916 localizamos los primeros cambios de ubicación para dotar a las procesiones de mayor esbeltez y facilitar la visión a los cada vez más numerosos visitantes.

Ese año, el prendimiento se hizo en la Plaza de San Severino *“en un altito que existe cubierto de hierba inmediato a la casa del Sr. Pisón”*, lugar que corresponderá a Arriba las fuentes: *“haciendo este año por vez primera de Jesús Nazareno y Cirineo respectivamente los jóvenes Santos González y Laureano Santos. Muy bien de Magdalena la virtuosa muchacha Carmen Benito, de Verónica...; habiendo hecho de Marías Paula Bueno y Juanita Ugarte Mendia”¹⁹⁶.*

En 1919 se introdujeron los rezos en las estaciones, al parecer para evitar *“carreras y aglomeraciones que ha habido otros años”* pero también para reforzar la parte eclesial: *“la de ir rezándose el Via Crucis por un sacerdote y los fieles, parando en las estaciones ya señaladas de antemano”*.

La duración de esta procesión se situaba en torno a la hora como recoge el intitulado *El Corresponsal* -probablemente un vecino de Balmaseda- en 1914 en *El Pueblo Vasco*: *“la procesión invirtió una hora y diez minutos en llegar al punto indicado de la parroquia [de San Severino]”*.

En la iglesia un predicador contratado daba un sermón y, a su término, se ponía de nuevo en marcha la procesión, cantando un vecino de la villa el *¡Ay de mí!* en la zona de El Calvario. Posteriormente la procesión continuaba hasta la iglesia de San Juan donde era disuelta.

A las 3 de la tarde la Capilla cantaba el motete *¡Ya murió!* y a continuación se pronunciaba un nuevo sermón, el de la

Dolorosa, en el que se ponían de relieve *“los agudísimos dolores sufridos por nuestra amantísima Madre la Virgen María, ante el cruento martirio dado a su idolatrado hijo, por redimir al género humano”* como se escribe en 1916.

A su término se ponía en marcha la Procesión del Santo Entierro *“con la misma suntuosidad que a la mañana”* y la Capilla cantaba el *“Stabat Mater”*, reforzada habitualmente *“con valiosos elementos de la Coral valmasedana”*.

En esta procesión participaban cuatro guardias civiles con su teniente que, según la crónica de 1916, iban *“escortando el paso del Santo sepulcro con el arma a la funerala”*. A su regreso a la parroquia se cantaba habitualmente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo aunque en 1914 se representó un novedoso motete titulado *“obos omnes”* y en 1919 el Padre Lasquibar *“de la compañía de Jesús, disertó sobre los dolores de María Santísima, y estuvo elocuentísimo”*.

En 1919 se introdujo un nuevo cambio, más relevante de lo que pueda parecer a primera vista pues será unas de las cosas que elimine Roberto Rodet en los años 50: la presencia de un sacerdote rezando en cada una de las paradas del *Via Crucis*.

Al parecer, se hizo para reforzar la parte canónica y litúrgica, además de para evitar aglomeraciones y carreras ya que cada vez debía acudir más gente a la villa, pero lo que pudo ser una buena idea en 1919 sería ya negativo 40 años después como veremos más adelante:

“...el Viernes Santo, al despuntar el día después de la ceremonia del Prendimiento en la cual se ha introducido una innovación que aplaudimos con gusto, que es la de ir rezándose el Via Crucis por un sacerdote y los fieles, parándose en las estaciones ya señaladas de antemano, todo lo cual ha sido practicado con mucha devoción, evitando carreras y aglomeraciones que ha habido otros años, y que desdican de un pueblo medianamente culto”¹⁹⁷.

En 1920 se produjeron dos nuevos cambios sustanciales más, en este caso muy importantes y que también recogieron de forma oral los hermanos Etxebarria en 1992. Ese año se decidió hacer una túnica nueva al Jesús y elaborar una cruz de tamaño mucho mayor -similar a la actual-, elaborada por Julián Galicia “El Tolosano”, para dotar de mayor verosimilitud a la Pasión pues con la pequeña no se lograba.

Además, y esto fue trascendental, se tomó la decisión de que Jesús y el Cirineo salieran con la cara descubierta, algo que no fue del gusto de todos los vecinos pero que supuso un cambio decisivo ya que imprimía mayor teatralidad y realismo al *Via Crucis* (Etxebarria 1991: 48-49).

El primer Jesús que desfiló así fue Gaspar Renovales y lo hizo acompañado del Cirineo, los fariseos, penitentes, las Tres Marías, la banda municipal, los párrocos dando sus sermones... en un momento que es quizás uno de los puntos de inflexión de la Pasión pues, aunque lo popular y lo religioso seguían entremezclándose, lo representativo dio un paso fundamental superando criterios religiosos considerados inviolables hasta entonces.

194 *El Pueblo Vasco*, 1911.

195 Las otras dos fueron Patrocinio Zorrilla y Feliciano Corino mientras que Jesús lo interpretó Isidoro Larrea, el Cirineo, Gregorio Herrero y el cabo de fariseos que realizaba el prendimiento Isidoro Larrea.

196 *El Pueblo Vasco*, 1914-04-11. Tres años después, en 1917, harán de “Nazareno el conocido balmasedano Isidoro Larrea y de Cirineo el joven Teodoro Suso, la Magdalena estuvo representada por Trinidad San Cristóbal, y la Verónica y Marías respectivamente por Antonia Zugasti, Lucía Irueta y María Osante”.

197 *El Pueblo Vasco*, 1919-04-24.

En un artículo de *La Gaceta del Norte* de 1968, el periodista recogió una declaración del sacristán de San Juan que afirmaba que “antes Jesús iba con la cara tapada, pero cuando lo hizo Gaspar Renovales, que era cajero de un Banco, se destapó, lo cual no gustaba entonces a la gente, pues decían que era una falta de respeto”¹⁹⁸.

En conclusión, esta fue la estructuración general habitual a lo largo de los años y no parece que se alterase excesivamente el resto de la década ni tampoco durante los años 20 y principios de los 30. Acudía la Corporación habitualmente a las procesiones y a “los demás cultos”, presidida por la bandera municipal, el alcalde y otras autoridades, siempre acompañados por la Banda de Música, que iba ejecutando marchas fúnebres en las que, año a año, se iban introduciendo novedades a cargo de músicos locales como Azumendi o Alfonso Martínez.

5.4.3. 1934-1935. Nicéforo Pablo de los Heros y la culminación de la Semana Santa romántica¹⁹⁹

Pero se llegó a principios de los años 30 y se produjo un parón. En 1930 las procesiones no se llevaron a cabo por las tormentas que asolaron Bizkaia teniendo que esperar a 1931, año en el que se celebraron un mes después de la proclamación de la Segunda República. Las procesiones atraían ya a miles de personas en competencia, al parecer, con las de Orduña:

“animadísimas van a estar las procesiones de Semana Santa que se van a celebrar estos días, en particular la llamada del Prendimiento, para la que hay un tren especial, que saldrá de Bilbao a las cinco de la madrugada del viernes, el cual vendrá atestado de bilbaínos y de los pueblos del trayecto, que no olvidan lo tradicional de la misma”²⁰⁰.

1932, 1933 y 1934 fueron, en cambio, años conflictivos. La recién nacida república enseguida se encontró con numerosos frentes abiertos y confrontada constantemente con otras fuerzas políticas, afectando en el ámbito local balmasedano a las representaciones religiosas.

El descontento con la República, incapaz de cumplir las expectativas creadas, provocó críticas tanto desde el mundo obrero (Díaz Freire 2018) como desde el nacionalista (De la Granja 1988: 5) pues ninguno de los estatutos propuestos prosperó, ni el nacionalista y tradicionalista de Estella (Díaz Freire 2018: 198) ni el de Las Encartaciones, ideológicamente de izquierdas y promovido en 1931 como contestación al primero (Bolinaga 2012). Balmaseda, de hecho, era un reflejo de estas diferencias pues la población estaba dividida entre una mayoría socialista y un amplio grupo nacionalista y tradicionalista.

También el Gobierno Civil del Señorío mantuvo una política con ciertos aires anticlericales por lo que, en 1932, no dio permiso para la celebración de procesiones en

numerosos pueblos de Bizkaia, incluida Balmaseda, como leemos en el periódico *Ahora*²⁰¹.

Tampoco se celebraron en 1933, y parecía que no las habría tampoco en 1934, el año más conflictivo, pero sorprendentemente no fue así, en parte por petición de los propios vecinos, como señaló el párroco Vicente Iturbe: “que accediendo por nuestra parte prestosísimos a las innumerables peticiones recibidas a diario de los vecinos de la villa de que se celebren este año las tan renombradas Procesiones de Semana Santa...”.

También influyó la fortuna pues la conocida como “Revolución de octubre” tuvo lugar ese mes y no antes, y sabemos que muchos obreros y obreras balmasedanas se pusieron en huelga, como recogemos en diversos listados que encontramos en la documentación.

Ese año el periódico *Euzkadi* recogería en sus páginas: “gran descontento causó en años anteriores el que las típicas procesiones tan tradicionales de Semana Santa no se celebrasen, pero en el actual el pueblo sano, deseoso de que volviesen a subsistir las antiguas costumbres de nuestros antepasados, alentó a nuestro párroco, don Vicente de Iturbe, para que hiciese lo posible [...] En efecto, fue pedido permiso al Ayuntamiento, el cual tomó en consideración y con cariño el escrito y lo elevó al gobernador, el cual ha contestado accediendo a lo solicitado”.

Para asegurar su celebración, el Cabildo parroquial decidió entonces organizar una Comisión o Junta pro-procesiones de Semana Santa que quedó compuesta por Nicéforo Pablo de los Heros (presidente),²⁰² Paulino Rodríguez (tesorero), Simeón Ortega (secretario), Pedro de Asua, Román Labarga, Julián de Arrue, Víctor Santibáñez y Luis Pérez (vocales). A ellos se debía sumar la figura del párroco Vicente de Iturbe, la persona con más peso junto al presidente y, probablemente, otros personajes como el párroco don Jaime, mencionado por varios entrevistados.

La figura más destacada fue, no obstante, Nicéforo Pablo de los Heros, artista balmasedano de ideología nacionalista y familiar de José de los Heros, también nacionalista y último alcalde democrático de Balmaseda antes de la ocupación franquista.

Este personaje, del que no sabemos casi nada, parece que fue clave en el desarrollo de las procesiones balmasedanas en el poco tiempo que estuvo al frente pues logró añadir nuevas escenas y dotarlas de un mayor sentido estético:

“una organización y orden no superados ni igualados en ninguno de los años anteriores, haciéndose grandes elogios de la Comisión organizadora, y en particular de su presi-

198 *La Gaceta del Norte*, 1968-04-11.

199 *Euzkadi*, 1934-03-25; *Euzkadi*, 1935-04-17; *La Gaceta del Norte*, 1935-04-24.

200 *El Liberal*, 1931-04-29.

201 El periódico *Ahora* especificaba que las procesiones no saldrían en Bilbao, Guernica, Miravalles, Mundaca y Gordejuela, no concretando aun qué ocurriría en otras muchas poblaciones pero, el hecho de que sepamos que no se celebraron en Balmaseda, da a entender que también se prohibió en otros lugares días después.

202 Aunque en algunos lugares aparece citado como Nicéfalo de Pablo, su nombre original era Nicéforo Pablo de los Heros, nacido en 1888 e hijo de Lucio Pablo y Eugenia de los Heros, hermana de José de los Heros.

dente, nuestro amigo don Nicéforo Pablo de los Heros, el cual ha trabajado con mucho entusiasmo para que resulten brillantísimas, y que, a pesar del escaso tiempo que tenían para su organización, ha conseguido introducir algunas mejoras, que han sido grandemente elogiadas, y por lo cual ha recibido muchas y entusiastas felicitaciones”²⁰³.

El corresponsal del periódico *Euzkadi* en 1934, intitulado como *Un Valmasedano*, señaló en su crónica que las celebraciones dieron inicio ese año a las 5 de la tarde del Jueves Santo. Comenzaron con el Sermón del Mandato a cuyo término, a las seis y media, dio comienzo la procesión que, en su opinión, fue “en extremo brillantísima y con gran devoción, bien organizada y dirigida por la Comisión, a cuyo frente se halla nuestro estimado compatriota don Nicéforo Pablo de los Heros”.

Continuaron los actos a las siete de la mañana del Viernes Santo con la procesión del Prendimiento que, como siempre, fue representada en el Campo de las monjas donde, como mayor novedad, “se había levantado un gran templete con objeto de que fuera admirado por todos”.

La crónica de este año no se centró exclusivamente en la escena del prendimiento sino que describió el desarrollo de la procesión, incluyendo los personajes y acontecimientos más importantes aunque, sorprendentemente, sólo menciona la existencia de dos caídas y no de tres.

Los actos comenzaron con el prendimiento y la primera caída en el Campo del Calvario, apareciendo seguidamente La Magdalena:

“Allí, en el Huerto de las Olivas, se hallaba Jesús que poco después fue prendido por la guardia romana, cargándole seguidamente con una pesada Cruz de madera, cayendo la primera vez en el Campo del Calvario, donde fue ayudado a levantarse por la segunda pareja de fariseos. Poco después aparece María Magdalena, la cual, después de hacer la reverencia acostumbrada, se incorpora a la procesión”.

Posteriormente, en la plaza de los Fueros tuvo lugar la segunda caída y la aparición de la figura del Cirineo:

“En la plaza de los Fueros tuvo lugar la segunda caída del Señor, donde la segunda pareja de fariseos penetra en una huerta, donde se halla trabajando Simón, el Cirineo, al que invitan para que ayude a Jesús a llevar la pesada Cruz, siguiendo la procesión hasta la iglesia de San Severino, cantando durante ella cantos apropiados a la misma la Masa Coral Valmaseda”.

Parece que no había tercera caída por aquellos años pues el cronista termina señalando que, tras llegar a la iglesia de San Severino, tenía lugar un sermón, continuando luego hasta la iglesia de San Juan donde se daba término al acto: “Aquí [en San Severino] tiene lugar el sermón de la Pasión por el R.P. Azpeitia. Seguidamente continua la procesión hasta la iglesia de San Juan”.

A las cuatro de la tarde, como se había hecho durante los años precedentes, después de cantar el *¡Ya murió!* y oír el Sermón de la Soledad, volvió a salir la Procesión del Santo Entierro con la que se culminaban las procesiones:

“Por la tarde, a las cuatro, tuvo lugar en la parroquia el canto “Ya murió mi Redentor”, por la Masa Coral. A las cuatro y media, el sermón de la Soledad, por el R.P. Azpeitia, saliendo seguidamente la procesión del Santo Entierro, la cual se realizó con mucha asistencia de fieles y con una organización y orden no superados ni igualados en ninguno de los años anteriores, haciéndose grandes elogios de la Comisión organizadora, y en particular de su presidente, nuestro amigo don Nicéforo Pablo de los Heros, el cual ha trabajado con mucho entusiasmo para que resulten brillantísimas [...]”.

Pero el gran cambio se produjo un año después, en 1935, cuando la Comisión decidió introducir la escenificación del Pretorio, añadiendo los que serían otros icónicos personajes de la Pasión balmaseda: los Sumos Sacerdotes y Pilatos.

El prendimiento regresó al Campo de las monjas donde se construyó un pequeño escenario, añadiéndole otro más en el frente para representar el juicio a Jesús como explicó Vicente Iturbe al Ayuntamiento:

“Que deseando celebrar siguiendo tradicional costumbre y con el mayor esplendor posible las procesiones de Semana Santa solicita de It la correspondiente autorización para ocupar cierto número de metros de terreno en el campo denominado de las monjas por la parte de la casa de los srs de Ródenas en el mismo lugar y forma que el próximo pasado año para poder levantar en él un tablado en el que se celebrará el acto del Prendimiento. Así mismo solicita permiso para usar de terreno en el referido campo por el lado opuesto al mencionado, ósea por la parte del Sto Hospital a fin de levantar en él otro tablado para la casa de Pilatos.”

Los escenarios debieron correr, de nuevo, a cargo de Nicéforo Pablo de los Heros quien era pintor y que realizó “preciosas decoraciones y preparó artísticamente el escenario” (Etxebarria 1991: 54), constituyendo el origen de una de las escenas más llamativas y elaboradas de las actuales procesiones de Balmaseda.

Con este propósito, además del tablado colocado el año anterior para el acto del Prendimiento, se levantó otro más en el lado opuesto, “o sea por la parte del Sto Hospital”, gracias a la ayuda del Ayuntamiento.

Como publicó *La Gaceta del Norte* “la representación de El Prendimiento y el Pretorio de Pilatos fue emocionante y conmovedor. El escenario, artísticamente preparado por don Nicéforo Pablo, ofrecía un golpe de vista encantador, contribuyendo a realizar su brillantez las preciosas decoraciones”.

Pero no fue esta la única novedad pues en 1935 parece que nació una costumbre que dio lugar un acto muy valorado en la actualidad, la Procesión del Silencio.

Ese año la Junta, con el fin de “dar más realce a las procesiones citadas”, solicitó al Ayuntamiento la confección de un nuevo paso para cargar el Crucifijo que presidía la capilla del cementerio y así poder sacarlo en la procesión del Santo Entierro. Lo interesante, no obstante, es que se señalaba que, a su término, se debería llevar de nuevo “a su lugar de procedencia”, es decir al camposanto.

203 *Euzkadi*, 1934-04-05.

No se recoge nada en las crónicas sobre el modo en que se llevó de vuelta al cementerio y puede incluso que fuese un traslado normal, pero parece extraño que la imagen de Jesús Crucificado se devolviese a su lugar de origen sin ningún tipo de boato. Lo que sí creemos es que este hecho acabó transformándose en la Procesión del Silencio que luego se hizo habitual.

La creación de la comisión supuso, por tanto, otro de los puntos fundamentales en la evolución de las procesiones pues, aunque desaparecerá al término de la Guerra Civil -Nicéforo tuvo que huir y, al parecer, terminó sus días en Argentina-, constituyó en sí misma la culminación de los criterios románticos aparecidos años antes.

Con la Junta pro-procesiones se llegó a un equilibrio entre lo religioso, lo municipal y lo popular impensable a principios del siglo XIX, permitiendo una participación más paritaria de los diferentes estratos de la sociedad, la defensa del ámbito religioso y la recuperación de algunos aspectos tradicionales locales como defendía el romanticismo. Incluso la intensa polémica suscitada en 1935 entre la Junta y el Ayuntamiento en la que se dejó claro que *“la designación de Cabo de fariseos y la disposición de las ropas es una función de la exclusiva competencia del Ayuntamiento”* no ayudó sino a definir los papeles de cada uno y la organización plural de las procesiones. La Guerra Civil rompería con esta evolución.